

sin un protector. La veía, conocía toda la historia de su alma, desde su primera emoción, sincera y profundamente invadida por un amor tan intenso como inesperado. Sabía que en Enriqueta los sentimientos no eran fugaces, y temblaba ante la idea de que si este amor fuera un engaño, el fervor religioso de la joven no la llevara á otra resolución. Adivinaba el atractivo que el místico asilo del convento ejercía sobre aquella tierna imaginación. Por otra parte, creía ver en Francisco un hombre de corazón verdadero é irreprochable. Aunque ajena á las mundanas conveniencias, no podía dejar de calcular que sus hijos reunirían más de sesenta mil francos de renta. En fin, ella había consentido en la boda; y como para dar razón á sus inquietudes de madre, apenas otorgado este consentimiento, había caído enferma. El médico, que al principio creyó que se trataba de un enfriamiento sin importancia, diagnosticó bien pronto las más peligrosas complicaciones. Había estado en cama desde los últimos días de Julio, contando levantarse, como en sus habituales catarros, hacia el fin de la semana. No pudo salir hasta mediados de Octubre. Los árboles [del jardín del arzobispado, que la habían hecho compañía durante largo tiempo en su soledad, estaban verdes cuando el primer estremecimiento de la fiebre la acometió, y cuando pudo llegar hasta la ventana, la Condesa vió que todas las hojas estaban secas por el otoño, como ella acababa de ser tocada por la muerte. Pero, ¿cómo lamentarse de esta enfermedad que le había permitido juzgar definitivamente á Francisco? Cuando los médicos la habían recomendado pasar el invierno en el punto más lejano del Mediodía, al Cairo, Alger,

Madera, Palermo, ¡con qué delicadeza había el joven sacrificado sus derechos á los nuevos deberes que esta situación creaba á su prometida! Esta le suplicó que se dilatase el matrimonio hasta la primavera próxima, á fin de poder consagrarse durante todo el invierno al cuidado de su madre, y él había consentido de la manera más afectuosa del mundo. Aconsejó que fuesen á Palermo, sitio que él conocía, y había hecho preparar alojamiento para la Condesa; él la instaló en dicho punto, volviendo después á París, siempre atento á no poner jamás su amor entre Enriqueta y la misión filial de ésta. Por eso aquella hermosa y clara mañana en que ella se sentía renacer, experimentaba junto á la esperanza un infinito reconocimiento por lo que había podido ver en el corazón del joven.

—¡Dios mío!—se repetía.—Podré vivir y no abandonarles en mucho tiempo.

Les miraba de nuevo pasear por la alameda, entre tanto que las verdes palmas parecían inclinarse ante ellos para protegerles, mientras el viento formaba entre los pinos el vago murmullo del Océano adormecido. Escapábase el alma de su cuerpo para seguirles, deseando un cielo interior, tan dulce, tan azul como el que en aquel instante les envolvía con su color luminoso. Aunque no oía el ruido de sus queridas voces, sabía que la asociaban, al encanto de aquel paseo, y era verdad que al hablar de ellos mismos también hablaban de ella. La mezclaban naturalmente á su porvenir, en el que tenían la confianza propia de los seres que se adoran con un amor lícito. Sí; ¡qué hermoso sueño realizaban en aquel cua-

dro del paraíso! Ella era dulce, amorosa, no había conocido más que las horas puras de la vida; y él era aun bastante joven para no temer envejecer antes que ella, y bastante experimentado por las pasiones, para apreciar en todo su valor aquel tesoro, que era suyo por entero.

Hablaban, ó mejor dicho, pensaban y sentían en voz alta, no buscando las palabras, pero teniendo para ellos cada frase la penetrante magia de la próxima y completa intimidad. El sonido de su voz le hacía saborear infinitos momentos de amor. Paseaban por el jardín, respirando el aroma de las flores y de los árboles, sin fijarse en ellos, pero sintiéndolos.

—¡Cuánto ha cambiado la señora Scilly desde los ocho días que estoy aquí!—dijo él.—Cuando yo la ví la encontré tan pálida, tan débil, que me asusté. Además experimenté una gran decepción, cuando desde el barco lo vi todo gris, todo cubierto por la lluvia.

—Es verdad,—respondió Enriqueta con una mirada, en la que Francisco podía leer los recuerdos de su reciente angustia.—El viaje no ha sido muy favorable para usted. Después de los hermosos días que hemos tenido, hemos pasado malos ratos al mirar por las ventanas las irritadas olas del mar. Mamá y yo no nos decíamos nada, pero sabíamos que nuestra idea era la misma. Mamá estaba aún mal y la inquietud la empeoró la víspera de la llegada de usted. ¡Es tan sensible y le quiere á usted tanto!...

—¡Querida madre!—dijo el joven apretando la mano de Enriqueta.

—¡Y si al menos hubiéramos sabido dónde remi-

tirle á usted un telegrama á Nápoles!—continuó ella. —¡Al recibir el de usted tuve la esperanza de que tal vez la tempestad le haría detener su viaje!... No obstante, tenía vivísimos deseos de verle á usted. Eran las nueve. Usted estaba ya en la mar. ¡Qué terrible me pareció el viento de aquella noche! Pensaba también en lo que mi pobre mamá ha debido sufrir durante aquella horrible guerra.

—Olvide usted esto—dijo él interrumpiéndola con miedo de que evocase los recuerdos de su infancia, vivos en ella y que hacían siempre temblar nerviosamente sus párpados.—Sí—insistió;—olvide usted esto. También le prometo á usted que haremos que su madre lo olvide. Si ella me quiere un poco, sabe usted que yo la quiero mucho. ¡La guardo un reconocimiento tan grande por haber hecho á usted como usted es! Aunque se hubiere opuesto á nuestro matrimonio, le guardaría este reconocimiento nada más que por haber encontrado en usted lo que he encontrado, la prueba más evidente de que los más hermosos sueños de la juventud no siempre son mentira.

—¡Calle usted!—interrumpió ella á su vez ruboriándose y poniéndole sobre la boca la mano enguantada, que él besó.—Va usted á comenzar á adularme, lo que no está bien, y se olvida usted de mirar estos hermosos pinos de Italia, cuya silueta tanto me agrada, este sombrío bosque que hacen sus ramas levantadas, este *bel vaso*, como nos decía el jardinero el primer día que nos enseñaba la villa. ¡Tienen un temperamento tan ardiente en este país! Mas la Sicilia está demasiado lejos. Si el año próximo pudiéramos

encontrar para pasar el invierno una propiedad que tuviese un parque lleno de árboles como éste, y bañado en tanta luz, más cercano á París, para que el viaje fuese menos fatigoso, en la Provenza ó en Génova.

—Le he prometido á usted detenerme allí cuando regrese á Francia y buscar lo que usted desea—dijo Nayrac.—Soy muy feliz viendo que le agradan á usted las mismas cosas que á mí. ¿No ha reparado usted en que instintivamente tenemos los mismos gustos? El otro día, por ejemplo, cuando yo me detenía en el Museo ante el Hércules que mata á la pobre Amazona, sin que usted hubiese hablado, comprendí que le causaba la misma impresión que á mí.

—Es cierto—dijo Enriqueta.—Tenemos idénticos gustos. Esto lo sabía yo desde el primer día que le conocí.

—¿Y cómo?—preguntó él.

—¡Qué sé yo! Pero estaba segura cuando vine á este jardín por la primera vez, que usted le preferiría á cualquier otro. He leído poco, soy un ignorante. Pero tengo la certeza de que gustaría de un libro, si usted gustara de él.

—¡Qué triste es—dijo él—que no exista entre dos seres esta armonía, este íntimo acuerdo! En cambio, cuando pienso que usted será mi mujer, mi mujer propia, que tendrá un corazón á semejanza del mío...

—¡Y usted mi esposo—respondió Enriqueta á media voz, — mi querido esposo!...

—Y sin embargo, esa identidad de gustos y de deseos me pone triste alguna vez. Cuando pienso que pudiera no haberla conocido á usted, que si no hu-

biera abandonado mi carrera y me hubiera establecido en Italia, como era mi intención; si no hubiera ido aquel miércoles á casa de la señora de Jades, si no nos hubiéramos encontrado aquel día!...

—No admito tanto *sí*,—interrumpió Enriqueta riendo;—no podíamos menos de encontrarnos.

—¿Sin embargo?...

—Comprendo que esto es insensato—respondió ella seria y pensativa,—pero en ese caso estoy segura de que no me hubiera casado nunca.

Se detuvieron para cambiar una larga mirada. El leyó á través de aquellos hermosos ojos azules, hasta el fondo del alma de Enriqueta, alma que por entero le pertenecía, alma toda candor y verdad y en la que no encontraba ni un repliegue que no estuviera lleno de pasión y de ternura.

Por aquel virginal corazón nunca había pasado una sombra. En torno de los dos amantes las palmas continuaban moviéndose; el viento seguía murmurando entre los pinos, las rosas, exhalando su perfume, las hojas temblando, el cisne moviéndose lentamente sobre el agua tranquila, y el sol iluminando el cielo. Los amantes estaban solos, soledad pura y casi piadosa legalizada por la proximidad de la mejor de las madres, que parecía santificar aquel amor. Francisco atrajo á su novia á su corazón y posó sus labios en aquella frente por la que no había atravesado ningún mal pensamiento. Sintióse el joven tan feliz, que aquella dicha parecía sobrehumana y le hizo daño por la primera vez, y en voz baja dijo á su querida Enriqueta:

—Somos demasiados felices. Tengo miedo.

Nada respondió ella al pronto; pero él conoció que una nube de tristeza pasaba por su rostro, y notó que sus labios, entreabiertos, se estremecían. Los párpados de la joven se movieron nerviosamente, palpó su seno, y después, mirándole de nuevo fijamente, hizo un esfuerzo para dominar su emoción, y sonriendo animosamente, le dijo:—También yo alguna vez tengo miedo de ser tan dichosa. Pero, ¿por qué temer? ¿Cuando la conciencia está pura, no se está con Dios?

Francisco Nayrac debía recordar á menudo la extraña impresión de ansiedad experimentada por él aquella mañana, aquella última mañana, de completa alegría, y que había encontrado eco en su prometida, cuando todas las cosas que les rodeaban parecían armonizarse de un modo absoluto con sus sentimientos. No podían de ningún modo sospechar el peligro que se cernía sobre esta tranquila paz en aquel instante mismo. ¿Tuvieron uno de esos presentimientos que hacen sonreír á los escépticos y que hombres como Napoleón y Goethe han creído posible considerándoles como una adivinación del porvenir, propia de la exaltación de ciertos momentos? ¿Cedieron simplemente á la angustia que proviene de una gran alegría, fenómeno singular pero indiscutible, formado de una laxitud nerviosa por efecto del golpe de la emoción, y una doble vista de los sucesos de la suerte? ¿No parece que todos llevamos en el fondo de nuestro sér un instinto de esta gran ley humana, representada en un símbolo trágico de la antigüedad por la Nemesis, funesto poder de las compensaciones fatales en la que los griegos han encarnado me-

nos la justicia que los celos de los Dioses? Ciertamente se puede dar una aparente explicación natural á todas las aprensiones de este orden y añadir que la mayor parte de estos presentimientos son desmentidos por los hechos. Pero, cuando al contrario, éstos justifican aquéllos por una inesperada relación, los menos supersticiosos no pueden contener su temor. Creemos entrever tras el azar exterior de las circunstancias el misterio del destino, y por vulgar que sea la forma de esta revelación, durante un segundo quedamos emocionados hasta el fondo de nuestro sér. Para Francisco, el susto debía de ser aun más fuerte, puesto que él había luchado siempre contra esa disposición al fatalismo que esclarecida y dirigida por la fe termina en las almas llenas de esperanza y de resignación, en la creencia en la Providencia, importante principio de toda vida verdaderamente religiosa. Aquel joven, educado piadosamente, conservó ese cristianismo aparente propio de su clase y de su tiempo, no siendo la religión para él otra cosa que la más bella de las hipótesis. Su providencia eran los azules y hermosos ojos de su prometida, y mientras caminaba solo al salir del jardín de la villa Tasca, por las calles de Palermo, blancas por el sol y negras en la sombra, no tuvo necesidad de esforzarse para olvidar los fríos presentimientos de la mañana acerca del porvenir, sin guardar en aquel instante de su paseo más que el recuerdo de una deliciosa sensación. Teniendo que evacuar algunas diligencias, había dejado á Enriqueta y á su madre regresar en carruaje al hotel Continental, donde los tres vivían. Seguía por las aceras de una de las dos largas calles

que cruzan la plaza llamada de *Los Quattro canti* y dividen Palermo en cuatro partes casi iguales.

Jamás había gozado más vivamente del encanto de esta ciudad que tiene caracteres de Oriente, de España y de Italia, con sus fuentes de estilo antiguo cargadas de estatuas, sus estrechas tiendas cuyos dueños están silenciosos é indiferentes como en los bazares turcos, con sus palacios llenos de esculturas, sus Madonas y Cristos encerrados en nichos alumbrados siempre por la débil luz de una lamparilla y el continuo pasar de los carros cargados de hinojo y pintados de escenas bárbaramente coloreadas. ¡Y qué escenas! Medoro y Angelina, Godofredo de Buillón, escalando los muros de Jerusalén, Garibaldi arengando á los Mil. Nunca el joven, una vez franqueado el Arco del Triunfo había admirado más la línea larga y elegante del golfo.

Llegado al hotel que tiene á la espalda el hermoso jardín de la villa Giulia, se volvió para mirar desde allí la confusión de los barcos del puerto de aquel mar tan azul con la silueta roja del monte Pellegrino, visto también desde Santa Rosalía. Ciertamente sus presentimientos se habían disipado y estado ajeno de que esta mirada de entusiasmo por el hermoso paisaje era una mirada de adiós, de adiós á aquellos días de completa ternura, adiós á la más preciada esperanza, adiós al ideal paraíso de una lícita felicidad.

El más sencillo de los incidentes iba á echar por tierra el castillo de sus sueños, levantado desde seis meses antes, y á ponerle frente á frente de un tormento tan cruel, como aquellos cuya huella se veía á menudo en la expresión de su boca y de sus ojos.

Fué sencillo y rápido como uno de esos accidentes terribles; el descarrilamiento de un tren, un temblor de tierra, el hundimiento de una casa, que por coger dé improviso, son más horribles. Al entrar en el hotel, Francisco vió que el conserje se ocupaba en clasificar las cartas llegadas en el vapor de la mañana.

Este hombre, un gigantesco alemán, de larga barba rubia, meticuloso y políglota, vestido con suntuosa librea y cubierto de largo casquete deslumbrante de oro, manejaba los sobres como un jugador maneja las cartas, con la destreza del prestidigitador. Su lápiz rojo señalaba sobre cada uno el número del cuarto del destinatario, y varias personas estaban en torno del conserje esperando que terminase su tarea con esa avidéz inquieta, casi enfermiza, propia de las islas en la que la rareza de los correos exalta el deseo. Todas las caras de aquel cuadro cosmopolita, al que él estaba muy acostumbrado, ¡cuántas veces las volvió á ver asociadas á la sorpresa que recibió en aquel instante!

En lugar de subir derecho á su cuarto, se detuvo maquinalmente para coger sus cartas, y no menos maquinalmente se puso á recorrer con los ojos el registro donde estaban los nombres de los viajeros llegados al hotel. Sintió de pronto latir su corazón con extraordinaria viveza. Una emoción casi de terror le apretó la garganta. Tembláronle las piernas. Aproximóse al cuadro para leer otra vez entre aquellos nombres, conocidos por él en su mayor parte, el penúltimo, el de una persona desembarcada sin duda hacía algunas horas, ó la vispera. «La señora doña Paulina Raffraye y familia»; y después, como indica-

ción del origen: «Castillo de Molamboz, por Arbois, Francia.»

El joven quedó durante algunos segundos como hipnotizado por aquellas sílabas, de cuya realidad parecía dudar. Después, y como el conserje, libre ya de los impacientes, saliese de su garita con el paquete de cartas en la mano para ocuparse de distribuirlas, él le llamó para mostrarle aquel nombre. Nada más que el pronunciarle le hacía algo de daño, pues se limitó á decir:

—No había visto que esta señora estuviera aquí aún. ¿Es que ha llegado hoy?

—Ha venido ayer en el tren de Mesina—respondió el portero.

—¿Es francesa? ¿No es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y no ha venido sola?

—No, señor. Con una niña de ocho á diez años y dos criadas.

—Querría saber si es la que yo conozco—dijo Francisco, y notando que este interrogatorio podía parecer extraño, añadió para desorientar por una falsa pregunta la curiosidad de su interlocutor y obtener, sin embargo, sus respuestas.

—¿Es una señora de edad y alta?

—No, señor—respondió el alemán.—Treinta ó treinta y cinco años tal vez... No sé más... Tiene aspecto de enferma y es pequeña y delgada.

—Vamos—se dijo Francisco comenzando á subir la escalera.—Preciso es tener valor y mirar frente á frente las cosas. Es su castillo, su nombre, su edad, la edad de su hija... Es ella, y mientras subía los dos pi-

sos que le conducían á su cuarto repetía el nombre de Paulina Raffraye. Debía de estar profundamente turbado por el anuncio de que se encontraba bajo el mismo techo que su antigua querida, pues sólo una querida posee el poder para transformar de tal modo á un novio tan enamorado como Francisco. Tomar así la presencia de aquella señora, casi al minuto de haber tenido Enriqueta y él aquel extraño presentimiento de una desgracia desconocida, debía aumentar su temor tanto más cuanto que este nombre de la señora de Raffraye no le recordaba únicamente el episodio más apasionado de su juventud, sino que le representaba la criatura en la que él había creído adivinar los más negros abismos de perversidad, la que había sido la mujer más funesta, el genio del mal de tantos años de su vida, y también para la que él había sido implacablemente duro, casi cruel. ¿Y esta mujer acababa de llegar de Palermo, cuando existían tantos otros sitios de invierno, á aquel hotel, cuando había tantos otros y de más nota en la ciudad, y en aquel momento? ¡Cuando él se encontraba en aquel rincón del mundo en el que podía creerse bien oculto, junto á una linda joven á la que amaba, de la que era amado, y con la que pensaba casarse! La idea de atribuir la presencia de Paulina á algún plan desconocido, debía ocurrírsele y se le ocurrió en seguida al joven, cuya sensibilidad natural estaba excitada aún más por el entusiasmo del paseo de aquella mañana. Esta idea loca se albergó en su cerebro en el tiempo que tardó en subir á su cuarto, con el temor de un pánico irracional, irresistible, enfermizo. Al entrar en el departamento especial don-

de él almorzaba en compañía de la señora Scilli y de su novia, tenía el rostro completamente alterado. Preciso le fué sufrir la solicitud inquieta de su prometida, disimular por primera vez, y atribuir el cambio de su cara y de su humor á una jaqueca producida por el sol. ¡El que desde hacía unos días vióse completamente identificado con Enriqueta, en una constante comunión de pensamientos! Preciso le fué ver sobre aquel rostro dulce y tierno la más amorosa inquietud, y la penosa impresión que le producía esta necesidad de mentir unida á la ansiedad que le devoraba, le fué tan insoportable que dudó si retirarse á su cuarto para toda la tarde bajo pretexto de su indisposición. Quería ordenar su pensamiento y mirar frente á frente el problema en que le ponía, de una manera trágica para él, esta llegada repentina; que él presumía intencional. Pero ¿cómo hacer este examen sin evocar todos los sucesos, todas las sensaciones de un pasado que contrastaba con aquel porvenir cuyas alegres imágenes la madre de Enriqueta había acariciado en su sueño algunas horas antes? ¡Ah! ¡Qué tristeza sentir la acre amargura de un culpable y malvado amor que se ha creído terminado, inundándonos de nuevo el alma en el instante mismo en que el alma se embriaga hasta el éxtasis en las alegrías de otro amor todo luz y esperanza!

—Y sin embargo, gemía Francisco una vez solo y en libertad de abandonarse á sus recuerdos; ¿después de tantos años no debo estar muerto para ella como ella está muerta para mí?

II

UNA ANTIGUA QUERIDA

¡Tantos años! Los periódicos sujetos en las fajas, que el codo del joven frotaba aquella tarde comenzada con una impresión tan dolorosa, tenían, en efecto, la fecha 1886, y en Abril de 1877 habló él por última vez con Paulina Raffraye. Por otra parte, él la había visto por vez primera á fines del invierno de 1876. De doce meses apenas eran los recuerdos de esta mujer. Pero los amores que dejan una cicatriz inolvidable no son los que han durado más tiempo, ni los que abundan en incidentes de novela ó de tragedia. Cuando una querida ha herido en lo más honrado de nuestro corazón, no es fácil olvidarla. Pondremos entre ella y nosotros la distancia, el tiempo, otras personas, otras caricias, otras alegrías, otros dolores. Será inútil. La tenemos en la sangre, como dice una enérgica expresión popular. Falta añadir que este primer encuentro de Francisco Nayrac con Paulina Raffraye se había efectuado en circunstancias peligrosas para él. Tenía entonces veinticinco años, había perdido muy joven á sus padres, y todo su cariño recayó sobre su hermana única, Julia Archambault, mal casada y poco feliz.

Esta hermana, cuatro años mayor que Francisco, le había educado en ese difícil período del fin de la